

BIENAVENTURANZAS APÓCRIFAS  
Y HEREJE FIDELIDAD EN BORGES



*Ivan Almeida*

---

Cioran escribió que la neta ventaja que tiene el creyente sobre el no-creyente consiste en la posibilidad de "renovarse a través de la herejía"<sup>1</sup>. Detrás de la provocación que encierra el aforismo asoma la idea de que la herejía puede ser considerada como una expresión de fidelidad. Al menos, si se tiene en cuenta que no se puede ser hereje sino con relación a una pertenencia aceptada.

En las páginas que siguen será estudiada la línea de hereje fidelidad en la que, al escribir "Fragmentos de un evangelio apócrifo", Borges se sitúa con relación a Jesús, Spinoza, Swedenborg y Blake a propósito del tema de las bienaventuranzas y, por tanto, de la ética.

UN POEMA

A los setenta años (1969), Borges publica su quinto libro de versos, *Elogio de la sombra*. En el prólogo declara abordar dos temas nuevos: "la vejez y la ética". A este segundo tema pertenece, al parecer, el

---

<sup>1</sup> "La possibilité de se renouveler par l'hérésie confère au croyant une nette supériorité sur l'incroyant" (105).

poema “Fragmentos de un evangelio apócrifo”, en el que el poeta re-escribe las bienaventuranzas en el estilo del Jesús de los Sinópticos. Una lectura de ese texto puede abrir nuevas perspectivas a la consideración de las laberínticas relaciones entre la felicidad, la ética y la estética. Como género literario, la reformatión paremiológica tiene ilustres predecesores, entre otros en Jesús mismo, en Blake, y en los dos jesuitas Baltasar Gracián y Leonardo Castellani.<sup>2</sup>

Unas palabras, ante todo, sobre la naturaleza literaria de este texto. En el mismo prólogo, Borges concede que en este libro “conviven, creo que sin discordia, las formas de la prosa y del verso”, pero añade “desearía que este libro fuera leído como un libro de versos” (OC 2: 354).

“Fragmentos de un evangelio apócrifo” es, pues, un poema. Un poema en que la noción de verso y versículo se confunden, y en el que la discontinuidad de los fragmentos (actualizada en una numeración truncada de versículos) hace las veces de separación estrófica.

No me parece trivial, para la interpretación del contenido del texto que nos ocupa, este previo discernimiento de su condición de poema en versos libres. A juzgar por la continuación del prólogo, en esta observación se está jugando la naturaleza misma de lo interpretable. Escribe Borges:

Un volumen, en sí, no es un hecho estético, es un objeto físico entre otros; el hecho estético sólo puede ocurrir cuando lo escriben o lo leen. Es común afirmar que el verso libre no es otra cosa que un simulacro tipográfico; pienso que en esa afirmación acecha un error. Más allá de su ritmo, la forma tipográfica del versículo sirve para anunciar al lector que la emoción poética, no la información o el razonamiento, es lo que está esperándolo. (OC 2: 354)

El lector está prevenido. De él depende que estos fragmentos sean un hecho estético, pero en todo caso sería un desatino el pretender que en estas dos páginas encontrará una suma de “información” o

---

<sup>2</sup> Sin excluir al propio Borges, el cual, en 1927, firmaba con Guillermo Juan Borges una “Moderación en los proverbios” en la revista *Martín Fierro*, segunda época. Dieciocho conocidos proverbios son prolongados por una adversativa que muestra el absurdo que acecha su literalidad (cf. *Textos Recobrados* 307-308).

de “razonamiento” que podría desembocar en una doctrina moral o en una opinión del hombre Jorge Luis Borges. Esto será necesario tenerlo en cuenta al leer versos como el siguiente:

17. El que matare por la causa de la justicia, o por la causa que él cree justa, no tiene culpa. (OC 2: 389)

Tal vez la cuestión del género intelectual de este texto pueda decidirse con la ayuda de la tricotomía de estadios espirituales que propone Kierkegaard en *Temor y Temblor*. Según el filósofo danés, hay como un camino espiritual que parte del estadio estético, pasa por el ético y culmina en el religioso. La novedad que Kierkegaard sugiere es que se puede pasar del estético al religioso saltando por encima –elidiendo– el estadio ético. Por supuesto, el énfasis explícito de este tratado está puesto en la autonomía y la superioridad de lo religioso. Sin embargo, lo que aparece a una lectura semiótica es que estética, ética y religión son, igualmente, tres categorías de lectura, y que, curiosamente, Kierkegaard proclama la superioridad de lo religioso a partir de un discurso que se sitúa claramente en el registro de lo estético. En el caso de este texto de Borges se podría proponer una consideración análoga: Borges propone una ética, pero su discurso es de naturaleza estética. Se trata de una ética *ordine poetico*.

#### LA NOCIÓN DE BIENAVENTURANZA

Los traductores y exegetas de la biblia han contribuido a acuñar un término salvaje –“bienaventurado”– para atribuir un uso reservado a las Escrituras del “makários” de los griegos y del “beatus ille” de Horacio. Borges recurrirá a toda una gama de sinónimos: bienaventurado, dichoso, feliz. Pero a todos esos calificativos, corresponde, en castellano un sólo substantivo, “bienaventuranza”, para indicar el acto de lenguaje correspondiente y que tiene como prototipo las proclamaciones de felicidad que realiza Jesús en su Sermón de la Montaña (*Mateo* 5: 3-11).

La fórmula de este acto es estereotipada, y en general, en las distintas lenguas, comporta la elipsis del verbo, de tal modo que es imposible decir si, en cuanto *speech-act*, cuenta como (*counts as*) augurio, predicción, descripción o sanción. Al menos se puede estar se-

guro de que, si sanción hubiere, ésta no es de carácter moral, puesto que la Biblia aplica frecuentemente esta fórmula a Dios: *Baruck attah Adonai*: “Bendito tú, Señor”.

La bienaventuranza es, pues, una proclamación de la felicidad, lo más cercano a un acto de felicitación. Al fundar, con las ocho bienaventuranzas, su propia idea del Reino de lo Cielos Jesús está proclamando, más que un nuevo código moral, un nuevo plantel de privilegios. Es como si dijera: “si hasta ahora fue una suerte practicar los preceptos, desde ahora es una suerte ser pobre”. Recuérdese que el “baruck” hebreo pertenece a la raíz *brk*, que da origen al sustantivo semítico *baraka*, que quiere decir buena suerte.

Por eso es importante el segundo hemistiquio de cada bienaventuranza. La partícula “porque” no introduce un régimen de causalidad final (hacer *a* para obtener *b*), sino de lo que Spinoza llamaba una causalidad intrínseca: si afirmo que Dios se manifiesta a los limpios, afirmo que los limpios verán a Dios.

Lo que queda implícito, sin embargo, como elemento informativo inherente al acto performativo de la bienaventuranza, es la identificación de la felicidad, identificación que en cada caso aparece en el segundo hemistiquio. Las ocho bienaventuranzas del Sermón de la Montaña están dando a presuponer que las siguientes situaciones son actualizaciones de la felicidad: poseer el reino, ser consolado, heredar el país, ser colmado, obtener piedad, ver a Dios y, de nuevo, poseer el reino.

Borges adopta el mismo esquema formal del acto de bienaventuranza que aparece en el Evangelio:

- a) Proclamación de la felicidad: fórmula permanente con elisión del verbo. Borges echará mano a toda la gama de sinónimos que recoge las acepciones del *beatatus*, del *makarios* y del *baruck*, pero conserva el vocablo “bienaventurado” para las expresiones que retoman literalmente los términos de una bienaventuranza evangélica.
- b) Destinación de la felicidad: el feliz elegido de la suerte no es sólo el que ha tomado una opción particular, sino, en determinados casos, el que se halla, a pesar suyo, en una particular situación. Por eso la bienaventuranza no puede ser identificada a un código moral. Hay casos en que es posible decir, en el lenguaje ordinario, “feliz el que estaba último en la fila porque el reparto comenzó

por atrás". Por eso es que la bienaventuranza es incorporada a la noción de "Evangelio", de buena nueva.

- c) Identificación de la felicidad. La noción de felicidad es una de las tantas nociones enigmáticas que sirven de articulación del conocimiento y que presentan el más alto grado de complejidad interpretativa. Desde el punto de vista léxico, su definición es circular: felicidad es la característica de quien es feliz, y feliz es la persona que posee la felicidad (cf. *Diccionario* de la Real Academia). Siguiendo una perspectiva propuesta por Wittgenstein a propósito de la belleza, se puede también concebir la noción de felicidad como un abuso del lenguaje, consistente en substantivizar una simple función interjectiva: felicidad sería lo que se cree que poseen las personas a quienes corresponde felicitar. Un poco más semantizada sería la concepción de la felicidad como "gozo que acompaña un estado cumplido". Esta definición es precisa sólo en su aspecto intralingüístico (definición de diccionario), pero permanece imprecisa en cuanto a las indicaciones pragmáticas, es decir, a las normas de identificación del gozo y del estado cumplido, que pertenecen ya al campo ideológico. Este último aspecto es el que hace que, a pesar de los diccionarios, se pueda pasar siglos discutiendo sobre la definición de la felicidad, como puede ilustrarlo un célebre capítulo del *Criticón* de Gracián (III: IX). En consecuencia, la "buena nueva" que trasmite un evangelio, canónico o apócrifo, reside en la implícita identificación de la felicidad que contiene el segundo hemistiquio de las bienaventuranzas.

Borges elude en varios casos este segundo hemistiquio. Ello corresponde, tal vez, al carácter apócrifo (es decir oculto, exotérico) del Evangelio que presenta, reservado al lector iniciado, sin intención de convertir. "La palabra apócrifo –escribe en Biblioteca personal– ahora vale por falsificado o por falso; su primer sentido era oculto. Los textos apócrifos eran los vedados al vulgo, los de lectura sólo permitida a unos pocos" (*OC* 4: 452). Es decir que se trata, en el proyecto de Borges, de un Evangelio del *understatement*. Cuando Borges no da el porqué de la bienaventuranza, es que se está dirigiendo a su lector implícito, que ya lo conoce.

El texto presentado no comporta sólo bienaventuranzas. Como la versión del Sermón de la Montaña que da el Evangelio de Lucas,

contiene también contra-bienaventuranzas, y una serie de apotegmas en el más genuino estilo literario de los evangelios.

#### LA TEORÍA DE LA SALVACIÓN

La parte esencial de un evangelio como género literario el anunciar una buena nueva. Un evangelio apócrifo, es decir, oculto, es la oximórica posición de un poeta que anuncia sin promulgar. Un evangelio *sotto voce*, que no busca a convertir. La voz de estas bienaventuranzas no es la de un profeta ni la de un iluminado, sino la de un sabio desencantado:

7. Feliz el que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen.

Esa voz desencantada, sugiere, sin embargo, una buena nueva, una teoría de la salvación. Las fuentes de inspiración de esa teoría de la salvación son –tal es la hipótesis de este artículo– el mismo Jesús, el místico Swedenborg, y el pintor y poeta visionario William Blake. Y la recepción de esa triple inspiración será, en cierta medida, “spinoziana”. Borges presenta así a su trinidad inspiradora:

... siempre se ha pensado que la salvación es de carácter ético. Se entiende que si un hombre es justo, se salva. “El reino de los cielos es de los pobres de espíritu”, etcétera. Eso lo comunica Jesús. Pero Swedenborg va más allá. Dice que eso no basta, que un hombre tiene que salvarse también intelectualmente. Él se imagina el cielo, sobre todo, como una serie de conversaciones teológicas con los ángeles. Y si un hombre no puede seguir esas conversaciones es indigno del cielo. Así, debe vivir solo. Y luego vendrá William Blake, que agrega una tercera salvación. Dice que podemos, que tenemos que salvarnos también por medio del arte. Blake explica que Cristo también fue un artista, ya que no predicaba por medio de palabras sino de parábolas. Y las parábolas son, desde luego, expresiones estéticas. Es decir, que la salvación sería por la inteligencia, por la ética y por el ejercicio del arte. (*Oral. OC 4: 185*)

Borges, pues, completará con su propia noción de inteligencia y de arte, los preceptos salvíficos de Jesús. Dicho así, esto no parece dar cuenta del carácter herético de la mayoría de los versículos de este fragmentado evangelio. Es que Borges tiene una forma muy su-

ya de recibir influencias. Lo que hereda de una obra admirada es, no sólo la opción estética u ontológica que la anima, sino también el gesto con el que se sitúa. De tal modo que si, por ejemplo Spinoza reacciona de una cierta forma con respecto a la filosofía escolástica, Borges, receptor hospitalario de Spinoza, repetirá el gesto de su modelo, pero aplicado no ya a la escolástica, sino a Spinoza mismo. Por eso siempre aparece como invirtiendo (es decir devolviéndoselos) los argumentos de sus grandes modelos. No es de extrañar entonces que, para ser fiel al Sermón de la Montaña, adopte los preceptos de un detractor, Swedenborg, y que la fidelidad a este último se traduzca en la adhesión parcial a uno de sus grandes rivales, William Blake. Nada más opuesto al estilo sosegado de Borges que las exuberantes visiones de Swedenborg y sin embargo lo sigue en su opción de la salvación por la inteligencia. Tampoco la profética exaltación de Blake se armoniza con su moderado escepticismo, pero se siente estimulado por su identificación de lo divino con el genio poético.

Swedenborg asistió –confiesa– al juicio universal, en 1757 y ocupó sus últimos años conversando con ángeles (que son hombres salvados). A pesar de esas extravagancias, Borges encuentra en el místico sueco una descripción del cielo y del infierno que lo estimula por su sobria economía. En la segunda parte de su obra más mentada, *De Cælo et Inferno*<sup>3</sup>, de 1758, Swedenborg dice que el alma, al morir, se despierta en el mundo de los espíritus y allí se prepara en compañía de los ángeles a entrar en el infierno o en el cielo según la calidad de lo que fue su vida mortal. En forma natural, elige entonces su destino, de acuerdo a lo que siempre le ha atraído. De modo que desaparece la idea de recompensa y castigo. Tanto los elegidos como los réprobos se sienten felices de su destino<sup>4</sup>. Borges comenta

---

<sup>3</sup> Tal es el título abreviado de una obra que se intitula, en forma mucho más elocuente: *De Cælo et ejus Mirabilibus et de Inferno, ex auditis et visis* (Del cielo y sus maravillas, y del Infierno, a partir de lo oído y lo visto)

<sup>4</sup> En su poema “Del infierno y del cielo”, Borges propone una variación personal de esta concepción swedenborgiana del juicio final: “En el cristal de un sueño he vislumbrado / El Cielo y el Infierno prometidos: / Cuando el Juicio retumbe en las trompetas / Últimas y el planeta milenario / Sea obliterado y bruscamente cesen / ¡oh Tiempo! tus efímeras pirámides, / los colores y líneas del pasado / definirán en la tiniebla un rostro / durmiente, inmóvil, fiel, inalterable / (tal vez el de la amada, quizá el tuyo) / y

en su prólogo a las obras de Swedenborg: “Creamos o no en la inmortalidad personal, es innegable que la doctrina revelada por Swedenborg es más moral y más razonable que la del misterioso don que se obtiene, casi al azar, a última hora” (OC 4: 146).

Desplazando las categorías que sirven a clasificar los géneros literarios de la Biblia, podemos decir que si la literatura de Swedenborg es mística, la de Blake es profética y la de Borges, sapiencial.

Del exaltado profeta William Blake (“uno de los hombres más extraños de la literatura” –OC 4: 517) Borges retiene su opción de la salvación por el arte, que es lo que lo opone a Swedenborg. Esta opción lo llevará, paradójicamente, a proscribir el “énfasis”, que es, precisamente, una de las características del temperamento, aunque no del estilo, de Blake. Comparte también, con Blake, la noción de infinito que plasmará en “El Aleph”. Los versos siguientes, que encabezan los “Auguries of Innocence”, podrían haber sido escritos por Borges :

To see a World in a Grain of Sand  
And Heaven in a Wild Flower,  
Hold Infinity in the palm of your hand  
And Eternity in an hour. (431)

Otros ingredientes esenciales reúnen a tan diferentes artistas. Blake funda su poética sobre la paradoja y la unión de los contrarios. Así, en lo que hace al tema de la salvación, propone, en un título elocuente, *El matrimonio del cielo y del infierno*. En ese libro incluye los “Proverbios del infierno”, una corrección de los preceptos evangélicos que pueden haber inspirado al Borges de los “Fragmentos”.

No podré detenerme más que en la consideración somera de algunos versículos. Espero que me sea perdonado este sacrilegio de lesa textualidad, impuesto por los límites acordados a la extensión del artículo.

#### DESDICHADO EL QUE LLORA

3. Desdichado el pobre en espíritu porque bajo la tierra será lo que ahora es en la tierra.

---

la contemplación de ese inmediato / rostro incesante, intacto, incorruptible / será para los réprobos, Infierno; / para los elegidos, Paraíso” (*El otro, el mismo*. OC 2: 243-244).



4. Desdichado el que llora, porque ya tiene el hábito miserable del llanto.
5. Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria.
6. No basta ser el último para ser alguna vez el primero.

Las bienaventuranzas de Borges comienzan con cláusulas de exclusión. Son excluidos de la beatitud los mismos que Jesús proclama, por primero, bienaventurados, es decir, los pobres. La palabra “pobre” parece traducir el arameo *ányâ*, que indica al decaído, al afligido, al miserable y también al pobre. En la lógica de Borges, no cabe posibilidad de felicitar al fracasado, o de proclamar feliz al infeliz. Pero la inversión de la bienaventuranza afecta aquí la versión del evangelista Mateo, que añade al texto de Lucas la explicitación “en espíritu”, y que Borges toma al pie de la letra, aplicándole los criterios de Swedenborg: el que acostumbra su espíritu a la privación, lo deseduca para el gozo. En cierta medida, Borges corrige con criterios de inteligencia los fundamentos éticos de la proclamación sinóptica: el que llora tiene el hábito miserable del llanto, el sufrimiento no es una corona de gloria, no basta ser último para ser alguna vez el primero.

En la lógica de Swedenborg, sólo quien se abre a los goces en esta vida está preparado para elegir los goces en la otra: “ni la riqueza – comenta Borges– ni la dicha, ni el lujo, ni la vida mundana son barreras para entrar en el Cielo; ser pobre no es una virtud, como tampoco lo es ser desventurado” (OC 4: 147).<sup>5</sup> En el *Libro de los seres imaginarios*, al hablar de los ángeles de Swedenborg, es todavía más explícito: “Los pobres de espíritu y los ascetas están excluidos de los goces del Paraíso porque no los comprenderían” (OCC 574).

---

<sup>5</sup> Swedenborg era igualmente explícito (*De Cælo* § 357, p. 220-221): “Ex multa loquela et vita cum angelis pro certo scire datum est, quod divites tam facile in caelum veniant quam pauperes; et quod homo quia abundat multis non e caelo excludatur, et quia in egestate es in caelum recipiatur; sunt ibi tam divites quam pauperes, et plures divites in majore gloria et felicitate quam pauperes” (“De mucha conversación y larga convivencia con los ángeles he recabado como cierto que los ricos llegan al cielo tan fácilmente como los pobres y que nadie es excluido del cielo en razón de la abundancia de sus bienes, ni recibido en razón de su indigencia. Ricos y pobres hay en el cielo, y muchos de los ricos tienen mayor gloria y felicidad que los pobres”)

Borges comenta con frecuencia una historia ejemplar que ilustra este principio:

Swedenborg narra la historia, patética, de un hombre que durante su vida se ha propuesto ganar el cielo; entonces, ha renunciado a todos los goces sensuales. Se ha retirado a la tebaida. Ahí se ha abstraído de todo. Ha rezado, ha pedido el cielo. Es decir, ha ido empobreciéndose. Y cuando muere, ¿qué ocurre? Cuando muere llega al cielo, y en el cielo no saben qué hacer con él. Trata de aprender las artes. Trata de oír todo. Trata de aprender todo y no puede, porque él se ha empobrecido. Es, simplemente, un hombre justo y mentalmente pobre. Y entonces, le conceden como un don el poder proyectar una imagen: el desierto. En el desierto rezaba como rezaba en la tierra, pero sin despegarse del cielo, porque él sabe que se ha hecho indigno del cielo mediante su penitencia, porque él ha empobrecido su vida, porque él se ha negado a los goces y a los placeres de la vida, lo cual también está mal. (OC 4: 184-185)<sup>6</sup>

El pobre, pues, podrá ser feliz, pero no por ser pobre. Dice el versículo 48: “Feliz el pobre sin amargura o el rico sin soberbia”.

---

<sup>6</sup> El incomparable arte narrativo de Borges puede apreciarse una vez más al comparar esta brillante historia con el texto de Swedenborg que le sirve de inspiración lejana (*De caelo et inferno* § 360, p. 222-223): “Locutus sum cum aliquibus post mortem, qui dum in mundo vixerunt, abdicaverunt mundum, et se dederunt vitae paene solitariae, ut per abstractionem cogitationum a mundanis, vacarent piis meditationibus; credentes sic ingredi viam caeli: sed illi in altera vita tristi genio sunt, spernunt alios qui non sibi similes sunt, indignantur quod non felicia prae reliquis sortiantur, credentes se meruisse nec curant alios, et avertunt se ab officiis charitatis, per quae conjunction est cum caelo. Caelum prae reliquis cupiunt; sed cum elevantur ubi angeli sunt, inducunt anxietates, quae felicia angelorum perturbant; quapropter dissociantur, ac dissociati conferunt se in loca deserta, ubi similem vitam, qualem in mundo, agant». (“He hablado con algunos muertos los cuales, mientras vivieron en el mundo, renunciaron al mundo, y se dieron a una vida casi solitaria, con la intención de abstraerse de los pensamientos mundanos y ocuparse en meditaciones piadosas, pensando que así entrarían en el camino del cielo; pero éstos, al llegar a la otra vida, se encuentran de mala gana, desdénan a los que no son como ellos, se indignan de no tener una suerte más feliz que los otros, pensando haberla merecido, no se preocupan por los otros y se alejan del ejercicio de la caridad, con el que está relacionado el cielo. Desean el cielo más que los otros, pero cuando son elevados hasta donde están los ángeles, inducen ansiedades que perturban la felicidad de los ángeles; por lo cual se los separa, y cuando están separados se dirigen a lugares solitarios donde pueden llevar la misma vida que llevaban en el mundo”)

## FELICES LOS FELICES

La noción de felicidad en este poema coincide con la que anima la ética de Spinoza. Por curioso destino, Spinoza, el filósofo de la ética de la felicidad, llevaba el nombre hebreo de Baruch, el bienaventurado, que latinizó luego en sus equivalentes: Benedictus, Bento, Benito.

Remito a un estudio anterior (“Borges en clave”) la consideración del llamado “spinozismo” de Borges, para no retener más que lo relacionado con la noción de beatitud.

Según Spinoza, la substancia única de la que somos modos, y que puede llamarse Dios, se define como “causa sui”. Es decir que no hay verdadera causalidad eficiente ni verdadera finalidad. Buscar la felicidad es buscar la permanencia en el ser, es decir no buscar nada que sea por otra cosa. La noción de creación, concebida por Aristóteles y rechazada por Spinoza, imponía al mundo el modelo de la fabricación artesanal, en el que todo lo que se hace tiene un agente y una finalidad extrínseca. La noción de causalidad interna, a la que está relacionada la de felicidad, exige, en cambio, que se prescindiera de toda finalidad. De allí nacen algunos de los versículos del poema. Ante todo: “felices los felices”. Felices los que no creen que la ética es un comercio en el que se “gana” la felicidad con tristeza y privaciones. Si la substancia es “causa sui”, la bienaventuranza es tautológica. A ese registro pertenecen los siguientes versículos:

11. Bienaventurados los misericordiosos, porque su dicha está en el ejercicio de la misericordia y no en la esperanza de un premio.
18. Los actos de los hombres no merecen ni el fuego ni los cielos.
33. Da lo santo a los perros, echa tus perlas a los puercos; lo que importa es dar.
39. Busca por el agrado de buscar, no por el de encontrar...

41. No juzgues al árbol por sus frutos ni al hombre por sus obras; pueden ser peores o mejores<sup>7</sup>.

El versículo 11 comporta una bienaventuranza cristiana, desviada en su segundo hemistiquio. Jesús felicita a los misericordiosos porque, en recompensa, obtendrán también misericordia. Es como una ley del Talión positiva. Borges, en cambio, se rebela contra lo que B. Shaw llama “el soborno del cielo” (*Borges el memorioso* 135) y atribuye la felicidad intrínseca al acto mismo de tener misericordia.

Los otros cuatro versículos desvían en el mismo sentido otras tantas afirmaciones del Evangelio. En cierta medida, se trata de una corrección hacia la estética. Si Borges puede decir, con James McNeill Whistler, *art happens* (OC 4: 132), para indicar que el arte no tiene finalidad, que simplemente ocurre, análogamente, la felicidad de una acción ética reside y permanece en su estricto valor intrínseco.

#### LA SALVACIÓN POR LAS OBRAS

En el *Lazarillo de Tormes*, dice Lázaro de su padre, ladrón de baja calaña, que cuando fue hecho preso “confesó y no negó y padeció persecución por justicia. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados” (Tratado primero). Esta forma de parodiar las bienaventuranzas jugando con el doble sentido, Borges la aplica al dogma tridentino de la “salvación por las obras”. Si para Lázaro la justicia es el poder policial, para Borges las “obras”, como lo dice la etimología, son el poema. El último texto de su libro *Atlas*, se llama precisamente “De la salvación por las obras” y concluye así: “Así, por obra de un *haiku*, la especie humana se salvó” (OC 3: 450)<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Comentario de Borges a este versículo: “Sí. Stevenson dijo que un hombre puede matar y no ser un asesino. Sí, los hechos no nos expresan cabalmente. Aquí estoy siguiendo a Stevenson... Oyendo a Stevenson, en todo caso” (*Borges el memorioso* 140). En el prólogo a *Elogio de la Sombra*, que contiene el poema aquí estudiado, Borges reconocía su deuda con respecto a Stevenson en el tema de la ética: “Ésta [la ética], según se sabe, nunca dejó de preocupar a cierto amigo muy querido que la literatura me ha dado, a Robert Louis Stevenson” (OC 2: 353).

<sup>8</sup> En los *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, en cambio, la noción de “salvación por las obras” es ironizada en términos de corrupción administrativa y soborno (“La salvación por las obras”, OCC 438-446).

Algunos fragmentos del evangelio apócrifo aparecen acentuando este aporte de Blake a la teoría borgesiana de la salvación. En muchos textos de Borges aparece insinuada la tesis de que lo bello es necesariamente bueno, pero que lo bueno puede no ser necesariamente bello (cf., por ejemplo, la historia "El soborno", *OC* 3: 57-61). De allí su necesidad de aplicar, a las bienaventuranzas de Jesús, el juicio por lo estético.

La única bienaventuranza que Borges transcribe casi literalmente del Evangelio de Mateo es la que figura en el versículo 12: "Bienaventurados lo de limpio corazón, porque ven a Dios". Por ella parece pasar el eje que une Borges a Jesús. Sin embargo, la diferencia es de una minuciosa inmensidad: en Borges el verbo está en presente. De lo que se trata, pues, no es de adquirir una cierta pureza que merezca como premio la visión de Dios, sino de limpiar el órgano perceptivo que permite ver a Dios, es decir, al infinito que se anida en cada cosa. Secretamente este versículo está citando uno de los proverbios de Blake: "If the doors of perception were cleansed every thing would appear to man as it ist, infinte" (*Marriage*, 14: 155).

La salvación por la poesía va a cristalizarse, poco a poco, en una serie de preceptos "estilísticos" destinados a la acción humana. Borges aprovecha para aplicar a la ética las implicaciones de su propia arte poética, que son, a veces, opuestas a las de su inspirador Blake. Éste proclamaba: "The road of excess leads to the palace of wisdom"; Borges sugerirá la moderación, el understatement, la incertidumbre, la cortesía. Si está desaconsejado jurar, es "porque todo juramento es un énfasis" (v. 25). Y esta razón de buen gusto debe bastar.

El heroísmo también es un énfasis, por eso siguen los siguientes preceptos contra el mal gusto en ética:

26. Resiste al mal, pero sin asombro y sin ira. A quien te hiriere en la mejilla derecha, puedes volverle la otra, siempre que no te mueva el temor.
27. Yo no hablo de venganzas ni de perdones; el olvido es la única venganza y el único perdón.
28. Hacer el bien a tu enemigo puede ser obra de justicia y no es arduo; amarlo, tarea de ángeles y no de hombres.
29. Hacer el bien a tu enemigo es el mejor modo de complacer tu vanidad.

## LA SALVACIÓN POR LA INTELIGENCIA

La salvación por la inteligencia, idea que Borges reconoce deber a Swedenborg, corresponde a una constante apuesta suya por la primacía de lo racional.

En una entrevista radial con Antonio Carrizo, Borges comenta versículo por versículo el texto que nos ocupa, y llega un momento en que su interlocutor le lee el versículo 17:

Carrizo. *El que matare por la causa de la justicia o por la causa que él cree justa, no tiene culpa.*

Borges. Sí, estoy de acuerdo.

Carrizo. Pero usted, hace algunos minutos, cuando comentó el noveno, dijo...

Borges. Y bueno, me contradigo. (*Borges el memorioso* 136)

Éste es ciertamente el versículo más audaz de este texto. Tal vez la línea más audaz de toda la poesía de Borges.

Me parece que esta frase puede comprenderse proyectada sobre el horizonte de un libro admirado y prefaciado por Borges: *Temor y temblor*, de S. Kierkegaard. Como de costumbre, Borges prolonga el argumento de su mentor hasta aplicárselo a la teoría que lo sustenta, llegando así a hacer de la erejía un acto de fidelidad. El héroe religioso que presenta aquí Kierkegaard es el patriarca Abraham, que acepta matar a su hijo Isaac porque Dios se lo pide. Y lo explica así:

La historia de Abraham comporta esta suspensión teleológica de lo moral. No han faltado espíritus eruditos ni perspicaces para hallar casos análogos. Parten de este bello principio: que, en el fondo, todo es lo mismo. Si se mira un poco más de cerca, yo dudo mucho que se halle una sola analogía en la historia universal, excepto un caso ulterior que nada prueba, en tanto está establecido que Abraham representa la fe y que ella está expresada normalmente en él, cuya vida no es únicamente la más paradójica que pensarse pueda, sino que es tan paradójica que resulta absolutamente imposible pensarla. Él obra en virtud del absurdo; porque lo absurdo consiste en que está como Individuo por encima de lo general. Esta paradoja escapa la mediación; si Abraham se examina en ella, entonces le es menester confe-

sar que se encuentra en una crisis religiosa, y en estas condiciones jamás le será posible llegar a sacrificar a Isaac; o si lo hace, entonces tiene que arrepentirse y reintegrarse a lo general. Recobra a Isaac en virtud del absurdo. Por lo tanto, no es ni un instante un héroe trágico, sino algo muy distinto: un creyente o un asesino. No tiene la instancia intermediaria que salva al héroe trágico. Puedo comprender muy bien a este último, pero no a Abraham, aunque, quizás sin un motivo razonable, le admire más que a cualquier otro hombre. (65)

La fe permite, pues, una “suspensión teleológica” (es decir finalista) de la moral. Lo importante del caso es que un asesinato puede ser convertido en acto de fe y escapar así al juicio moral. La moral es situada, por Kierkegaard, en el plano de lo general. Con cuánta más razón entonces puede ser suspendida la moral general cuando entra en contradicción con la racionalidad. Abraham no es ciertamente un héroe para Borges, porque tenía en su racionalidad el único criterio para descubrir si ese Dios era digno de fe y lo rechazó. Al pedir la vida de su hijo, Dios le pide que sacrifique no sólo al hijo, sino también la moral y la racionalidad que es, dada tal vez por Dios mismo, nuestra única facultad para discernir lo bueno de lo malo.

Borges toma, pues, el problema por el otro extremo: el mandamiento “no matarás” no puede ser de índole religiosa (porque en ese caso puede ser suspendido por decreto) ni tampoco de origen moral en la acepción de “orden general” que le da Kierkegaard, ni un postulado. El valor de la vida, como todos los otros valores, se acepta racionalmente o no se impone. Si no mato, que sea porque considero racionalmente que no es justo, no porque la vida sea sagrada a priori. Borges, simplemente, lo formula al revés, provocando una expresión escandalosa que suscita la reflexión. Del mismo temple, pero mucho más cruel, parece el proverbio de Blake: “Sooner murder an infant in its cradle than nurse unacted desires”.

Por otra parte, el comentario decidido de Borges “Y bueno, me contradigo” permite adentrarnos un poco más en su noción de la inteligencia como virtud. La condición para que la virtud no sea arrogante, es decir para que la bondad no sea horrible es que proceda de un acto de lucidez y no de un acto de abnegación o de heroísmo. Aceptar los propios errores, las propias injusticias, las propias mentiras, como componentes inevitables del obrar humano. Si el

que vive privándose de placeres se descalifica para los placeres del paraíso, quien se muestra intolerante consigo mismo se cierra a la misericordia para con los otros. Por eso, el primer deber es perdonarse. Y para poder perdonarse racionalmente –es decir, sin recurso al soborno del premio eterno– es necesario aceptar el relativismo de la virtud y de la verdad

24. No exageres el culto de la verdad; no hay hombre que al cabo de un día, no haya mentido con razón muchas veces.

16. No hay mandamiento que no pueda ser infringido, y también los que digo y los que los profetas dijeron.

De allí surge la necesidad racional del perdón:

7. Feliz el que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen.

8. Feliz el que perdona a los otros y el que se perdona a sí mismo.

20. Si te ofendiere tu mano derecha, perdónala; eres tu cuerpo y eres tu alma y es arduo, o imposible, fijar la frontera que los divide...

El “olvido” que Borges reclama como “la única venganza y el único perdón” (v. 27), es un olvido real, que nace de la convicción de que la personalidad es una “nadería” y que exige que se olvide no sólo la ofensa recibida, sino el propio remordimiento. Ilustra esta opción el texto que sigue, en *Elogio de la sombra*, al poema que nos ocupa: Caín vuelve a encontrar a Abel y éste ya ha olvidado quién fue el asesino y quién, la víctima. Dice Caín: “olvidar es perdonar”. Y Abel: “Mientras dura el remordimiento, dura la culpa” (“Leyenda”, OC 2: 391).

En *Los conjurados*, Borges vuelve al estilo evangélico y escribe “Otro fragmento apócrifo”. Allí también, el maestro dice a su contrito discípulo: “Yo no soy aquél hombre que pecó; tú no eres aquel asesino y no hay razón alguna para que sigas siendo su esclavo. Te incumben los deberes de todo hombre: ser justo y feliz” (OC 3: 489)



## BARUJ (BIENAVENTURADO) SPINOZA, O LA IMPRESCINDIBLE ILUSIÓN

“Creo descreer en el libre albedrío”, escribe Borges en uno de sus prólogos (OC 4: 510). A través de esta doble distanciación, frente a la libertad individual y frente a la propia descreencia, Borges muestra hasta qué punto la moderación puede ser virtud.

El atenuado escepticismo con respecto a la libertad individual es aquí una herencia de Spinoza. Si somos todos expresiones de una misma y única substancia, el mundo es como debe ser, y tanto el bien como el mal que individualmente hacemos forma parte del bien común:

14. Nadie es la sal de la tierra; nadie, en algún momento de su vida, no lo es.

Este versículo es la variante en clave evangélica de la afirmación siguiente, en clave poética: “No hay poeta, por mediocre que sea, que no haya escrito el mejor verso de la literatura, pero también los más desdichados” (OC 3: 456).

El spinozismo de Borges es poético, no metafísico. Es difícil, con todo, decir hasta qué punto esta distinción es pertinente, puesto que, secretamente, la ontología de Borges es la de la ficción literaria y su ética es un arte poética.

Sin embargo, como Spinoza, Borges acepta el aparato conceptual de la teología como prótesis figurativa para hablar del destino del hombre. El libre albedrío es una “imprescindible ilusión” (OC 4: 463). Lo cual no quiere decir que estemos manejados por fuerzas ocultas. Simplemente, como en la poesía,

40. La puerta es la que elige, no el hombre.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> En *Borges el memorioso*, el autor cuenta la historia de esta frase: “Bueno, ahí hay algo muy raro. Yo me encontré con Néstor Ibarra. Néstor Ibarra me dijo que una vez que entrábamos en casa, y forcejeábamos con la llave, yo le dije, con el tono de quien dice una broma, con falsa solemnidad: ‘La puerta es la que elige, no el hombre’. Y nos reímos los dos. Y luego yo incluí aquello sin recordarlo, en una página literaria. Pero eso empezó siendo una broma. Y yo le dije con voz de broma, con una falsa solemnidad, y ahora no sé exactamente qué quiere decir. Pero lo acepto. (...) Queda mejor esa metáfo-

En cuanto a Dios, su personalización está aquí orientada, como en Kierkegaard, a descalificar la pertinencia de la moral como instancia de regulación de lo individual por lo general:

32. Dios es más generoso que los hombres y los medirá con otra medida.

Pero no se trata de un salto hacia lo religioso. Dios sólo se identifica con un rostro, que puede ser visto si el corazón es limpio, y que puede ver lo oculto, no para espiar ni juzgar, sino para contemplar o, como el Dios de Berkeley, para mantener en el ser mediante su mirada, aquello que carece de testigos. El versículo 15 justifica así la discreción de la belleza:

15. Que la luz de la lámpara se encienda, aunque ningún hombre la vea. Dios la verá.

Es probable que, al escribir esta línea, Borges esté evocando aquella conmovedora página de Stevenson ("Lantern bearers") que cuenta la vieja costumbre de los niños de un pueblo de pescadores escoceses que, cada otoño, organizaban una diversión consistente en llevar una antorcha encendida, pero tapada por la camisa para que nadie pudiera percibir su luz.

La figura de Dios es, finalmente, para Borges, la justificación del pudor y de la serenidad. Borges, el ciego, no cree en Dios, pero sí en su rostro<sup>10</sup>. Borges, el agnóstico, aceptará sin más, como Spinoza, dar el nombre de Dios a esa instancia humana que ve o permite ver la realidad *sub specie æternitatis*.

---

ra que decir que son las circunstancias las que eligen o es la fatalidad la que elige. Queda mejor poner la puerta. Por razones literarias. (...) Es un ataque al libre albedrío. Y además se crea esa metáfora, en la que no se insiste demasiado, de una puerta mágica... o de cosas mágicas que nos eligen" (139).

<sup>10</sup> Borges responde a Antonio Carrizo, a propósito del versículo 12: "He dudado de Dios, pero no de su cara" (*Borges el memorioso* 136)

## DE LA LUCIDEZ

Los cuatro últimos versículos se van poco a poco despidiendo del contrapunto que, desde el inicio, el poema ha instaurado con los evangelios canónicos.

El versículo 49 redefine la valentía, situándola no como fuerza durante el combate sino como lúcido sosiego frente a los resultados:

49. Felices los valientes, los que aceptan con ánimo parejo la derrota y las palmas.

El penúltimo versículo introduce, con serenidad, el tema del amor. No se trata del amor espiritual, transfigurado de heroísmo, con que, según el Evangelio, se debe retribuir al enemigo. Es el amor elemental entre dos personas, el que da la felicidad:

51. Felices los amados, los amantes, y los que pueden prescindir del amor.

Es dichoso amar y ser amado. Es desdichado sufrir por un amor imposible. La lúcida renuncia puede ser también dichosa. Una forma de ser "valiente" (v. 49). Renunciar a la tierra prometida puede, también, ser una forma de poseerla para siempre como prometida: "Nuestras son las mujeres que nos dejaron, ya no sujetos a la víspera, que es zozobra, y a las alarmas y terrores de la esperanza" (OC 3: 482).

El versículo 50 es un acto de cortesía que parece ya escapar al campo de la ética y ofrece la cifra de todo el poema:

50. Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque éstas darán luz a sus días.

Las palabras de Cristo (es decir, sus propios preceptos y bienaventuranzas) dan luz a los días. Es dichoso guardarlas en la memoria. "He puesto a Cristo -comenta Borges- con el cual he discutido atrevidamente muchas veces en este texto" (*Borges el memorioso* 141). Pronunciar esta bienaventuranza es ya un acto dichoso, que pone en práctica el contenido lúcido y hospitalario de casi todas las otras bienaventuranzas. Es un acto poético, mediante el cual el poema instaura también, como palabras de luz, su propio reverso. Por eso, yuxtapuesto al de Cristo, aparece el nombre de Virgilio, como para

definir la tesitura poética de la expresión y del contenido de estos fragmentos. Felices los que, como Borges en este poema, prefieren que el adversario tenga razón. Felices los poemas que cifran la felicidad en las palabras de Cristo y de Virgilio. Felices los que no aceptan “calumniar la felicidad”<sup>11</sup>. Felices los felices.

Ivan Almeida

#### OBRAS CITADAS

- Almeida, Ivan. “Kierkegaard: Tema og semiotiske variationer over *Frygt og Bæven*”. *Nordisk Sommeruniversitet* 2 (1988).
- Blake, William. *Complete Writings*. Ed. Geoffrey Keynes. Oxford: Oxford UP, 1988.
- Borges, Jorge Luis. *Borges el memorioso. Conversaciones de Jorge Luis Borges con Antonio Carrizo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas [OC]*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989-1996.
- Borges, Jorge Luis. *Obras completas en colaboración [OCC]*. Barcelona: Emecé, 1997.
- Borges, Jorge Luis. *Textos recobrados 1919-1929*. Barcelona: Emecé, 1997.
- Castellani, Leonardo [bajo el seudónimo de Cide Hamete (H:)]. *El nuevo gobierno de Sancho*. Buenos Aires: Penca, 1944.
- Cioran. *Syllogismes de l'amertume*. Paris: Gallimard, 1980.
- Gracián y Morales, Baltasar. *El Criticón*. 2 vol. Genève: Ferni, 1973.
- Kierkegaard, Sören. *Temor y temblor*. Trad. J. Grinberg. Buenos Aires: Lozada 1958.
- La vida de Lazarillo de Tormes, de sus fortunas y adversidades*. Facsímil de la ed. de Medina del Campo, 1554. Mérida: Junta de Extremadura, 1996.
- Spinoza, Benedictus de. *Ethica Ordine Geometrico demonstrata. Spinoza Opera*. Ed. Carl Gebhardt. Vol. 2. Heidelberg: Winter 1925.
- Swedenborg, Emanuel. *De Caelo et ejus Mirabilibus et de Inferno, ex auditis et visis*. New York: Swedenborg foundation, 1933.

---

<sup>11</sup> “Felices los felices está bien. ¿Como se puede calumniar la felicidad?” (*Borges el memorioso* 142).

## APÉNDICE

## ENSAYO DE CONCORDANCIA ENTRE EL POEMA DE BORGES Y EL NUEVO TESTAMENTO

FRAGMENTOS DE UN EVANGELIO APÓCRIFO	CORRESPONDENCIAS CON EL NUEVO TESTAMENTO
3. Desdichado el pobre en espíritu porque bajo la tierra será lo que ahora es en la tierra.	<i>Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. (Mt. 5: 13)</i>
4. Desdichado el que llora, porque ya tiene el hábito miserable del llanto.	<i>Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. (Mt. 5: 5)</i>
5. Dichosos los que saben que el sufrimiento no es una corona de gloria.	<i>(idem)</i>
6. No basta ser el último para ser alguna vez el primero.	<i>Así, los últimos serán primeros y los primeros, últimos. (Mt. 20:16)</i>
7. Feliz el que no insiste en tener razón, porque nadie la tiene o todos la tienen.	
8. Feliz el que perdona a los otros y el que se perdona a sí mismo.	<i>Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas. (Mt. 5:14,15)</i>
9. Bienaventurados los mansos, porque no condescienden a la discordia.	<i>Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. (Mt. 5: 4)</i>
10. Bienaventurados los que no tienen hambre de justicia, porque saben que nuestra suerte, adversa o piadosa, es obra del azar, que es inescrutable.	<i>Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. (Mt. 5: 6)</i>
11. Bienaventurados los misericordiosos, porque su dicha está en el ejercicio de la misericordia y no en la esperanza de un premio.	<i>Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. (Mt. 5: 7)</i>
12. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ven a Dios.	<i>Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. (Mt. 5: 8)</i>
13. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque les importa más la justicia que su destino humano.	<i>Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. (Mt. 5:10)</i>
14. Nadie es la sal de la tierra; nadie, en algún momento de su vida, no lo es.	<i>Vosotros sois la sal de la tierra. Mas si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Ya no sirve para nada más que para ser tirada afuera y pisoteada por los hombres. (Mt. 5:13)</i>

<p>15. Que la luz de una lámpara se encienda, aunque ningún hombre la vea. Dios la verá.</p>	<p><i>Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara y la ponen debajo del celemin, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. (Mt. 5: 14-16)</i></p>
<p>16. No hay mandamiento que no pueda ser infringido, y también los que digo y los que los profetas dijeron.</p>	<p><i>No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo suceda. Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos. (Mt. 5: 17-19)</i></p>
<p>17. El que matare por la causa de la justicia, o por la causa que él cree justa, no tiene culpa.</p>	<p><i>Habéis oído que se dijo a los antepasados: No matarás; y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano "imbécil", será reo ante el Sanedrín; y el que le llame "renegado", será reo de la gehenna de fuego. (Mt. 5: 21-22)</i></p>
<p>18. Los actos de los hombres no merecen ni el fuego ni los cielos.</p>	<p><i>E irán éstos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna. (Mt. 25:46)</i></p>
<p>19. No odies a tu enemigo, porque si lo haces, eres de algún modo su esclavo. Tu odio nunca será mejor que tu paz.</p>	<p><i>Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan. (Mt 5: 43-44)</i></p>
<p>20. Si te ofendiere tu mano derecha, perdónala; eres tu cuerpo y eres tu alma y es arduo, o imposible, fijar la frontera que los divide...</p>	<p><i>Y si tu mano derecha te es ocasión de pecado, córtatela y arrójala de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo vaya a la gehenna. (Mt 5: 30)</i></p>
<p>24. No exageres el culto de la verdad; no hay hombre que al cabo de un día, no haya mentido con razón muchas veces.</p>	<p><i>Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz. (Jn. 18:37)</i></p>

25. No jures, porque todo juramento es un énfasis.	<i>Habéis oído también que se dijo a los antepasados: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Pues yo digo que no juréis en modo alguno: ni por el Cielo, porque es el trono de Dios, ni por la Tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey. Ni tampoco jures por tu cabeza, porque ni a uno solo de tus cabellos puedes hacerlo blanco o negro. Sea vuestro lenguaje: "Sí, sí"; "no, no": que lo que pasa de aquí viene del Maligno. (Mt. 5: 33-37)</i>
26. Resiste al mal, pero sin asombro y sin ira. A quien te hiriere en la mejilla derecha, puedes volverle la otra, siempre que no te mueva el temor.	<i>Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetea en la mejilla derecha ofrécete también la otra: al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. (Mt. 5:38-41)</i>
27. Yo no hablo de venganzas ni de perdones; el olvido es la única venganza y el único perdón.	<i>Que si vosotros perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas. (Mt. 6: 14-15)</i>
28. Hacer el bien a tu enemigo puede ser obra de justicia y no es arduo; amarlo, tarea de ángeles y no de hombres.	<i>Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos... (Lc. 6: 27)</i>
29. Hacer el bien a tu enemigo es el mejor modo de complacer tu vanidad.	<i>...haced bien a los que os odien. (Lc. 6: 27)</i>
30. No acumules oro en la tierra, porque el oro es padre del ocio, y éste, de la tristeza y del tedio.	<i>No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. (Mt. 6: 19-21)</i>
31. Piensa que los otros son justos o lo serán, y si no es así, no es tuyo el error.	<i>Porque por tus palabras serás declarado justo y por tus palabras serás condenado. (Mt 12:37)</i>
32. Dios es mas generoso que los hombres y los medirá con otra medida.	<i>Porque con el juicio con que juzguéis seréis juzgados, y con la medida con que midáis se os medirá. (Mt. 7:2)</i>

33. Da lo santo a los perros, echa tus perlas a los puercos; lo que importa es dar.	<i>No deis a los perros lo que es santo, ni echéis vuestras perlas delante de los puercos, no sea que las pisoteen con sus patas, y después, volviéndose, os despedacen. (Mt. 7:6)</i>
39. Busca por el agrado de buscar, no por el de encontrar...	<i>Pedid y se os dará; buscad y hallaréis... (Mt. 7: 7)</i>
40. La puerta es la que elige, no el hombre.	<i>...llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al llama, se le abrirá. (Mt. 7: 7-8)</i>
41. No juzgues al árbol por sus frutos ni al hombre por sus obras; pueden ser peores o mejores.	<i>Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego. Así que por sus frutos los reconoceréis. (Mt. 7: 16-20)</i>
47. Nada se edifica sobre la piedra, todo sobre la arena, pero nuestro deber es edificar como si fuera piedra la arena...	<i>Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y embistieron contra aquella casa; pero ella no cayó, porque estaba cimentada sobre roca. Y todo el que oiga estas palabras mías y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que edificó su casa sobre arena: cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, irrumpieron contra aquella casa y cayó, y fue grande su ruina. (Mt. 7: 24-27)</i>
48. Feliz el pobre sin amargura o el rico sin soberbia.	<i>Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. (Lc. 6: 24)</i>
49 Felices los valientes, los que aceptan con ánimo parejo la derrota o las palmas.	
50. Felices los que guardan en la memoria palabras de Virgilio o de Cristo, porque éstas darán luz a sus días.	
51. Felices los amados y los amantes y los que pueden prescindir del amor.	
52. Felices los felices.	